

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

El honor del Temple

Desde la fundación de la orden, en 1120, hasta la publicación de la bula "Vox in Excelsis", con la que el Papa Clemente V daba por disuelto el Temple en 1312, habían transcurrido 192 años, menos de dos siglos. Y sin embargo, los momentos de auge y esplendor de los templarios fueron tantos que parecen llenar muchísimo más tiempo.

Mientras duró su arriesgada y eficaz acción militar en los santos lugares, nadie puso en entredicho ni su valor ni su ortodoxia cristiana. El dinero necesario para sostener a los templarios, tanto en Oriente como en la Corona de Aragón, salió de las limosnas, rentas y legados que recibían en la Europa cristiana. El valor y el prestigio de la orden hizo que reyes, como Ricardo I de Inglaterra o san Luis de Francia, propusieran sus propios candidatos para el cargo de gran maestre del Temple, y que varios Papas, a partir de Alejandro III, les concedieran grandes privilegios. Por todo esto y por su gran organización como administradores, los templarios fueron llamados como consultores en las Cortes de los reyes cristianos, y en Inglaterra y en Francia fueron nombrados tesoreros reales.

El comercio del Temple se efectuaba por tierra y con caballería y carros propios, pero en grandes distancias, como de la Corona de Aragón a la península Itálica, Grecia o Palestina, el comercio se hacía por mar, pues el Temple tenía barcos propios: Jaime el Conquistador les concedió libertad de comercio exenta de pago alguno. No es cierto que los templarios fuesen banqueros y cobrasen ocultamente intereses usurarios.

Ninguna de estas actividades económicas fue considerada punible, ni antes ni después de la extinción de la orden. Pero a partir del año 1187, cuando Saledino tomó Jerusalén, que los templarios defendieron heroicamente, empezaron las primeras críticas contra la orden, víctima de su propio prestigio, basado en sus múltiples victorias contra los infieles, y también por intentar mantenerse en Chipre, en vez de pelear contra el islam en la Corona de Aragón y en Navarra, cuyos reyes llevaban una exitosa reconquista del territorio que habían ocupado los musulmanes.

Sus funciones eran tanto defensivas, para evitar las "razzias" de los mahometanos, cuanto ofensivas, a fin de desterrar a los infieles de los reinos cristianos. El primer castillo de frontera que poseyeron fue el de Granyena. Pese a la promesa que les hizo el príncipe de Aragón y conde de Barcelona de darles buena parte de las tierras y bienes que conquistaran, su sucesor, Alfonso el Casto, les cedió solamente algunas fortalezas, dándole en cambio a la pequeña orden de Montjoi, por él consti-

tuida, la mayoría de las tierras y fortalezas recuperadas en Teruel, en donde el Temple luchó más y mejor que los escasos y mal entrenados hombres de Montjoi. Pero luego, al ver el escaso número de combatientes y el poco valor de los de Montjoi, el mismo rey ordenó que se integraran en el Temple, que así recuperó las casas-fortaleza de la frontera sur, como eran Alfama, Castellote y Cantavieja.

El siguiente rey de Aragón y conde de Barcelona, Jaime el Conquistador, se negó tam-

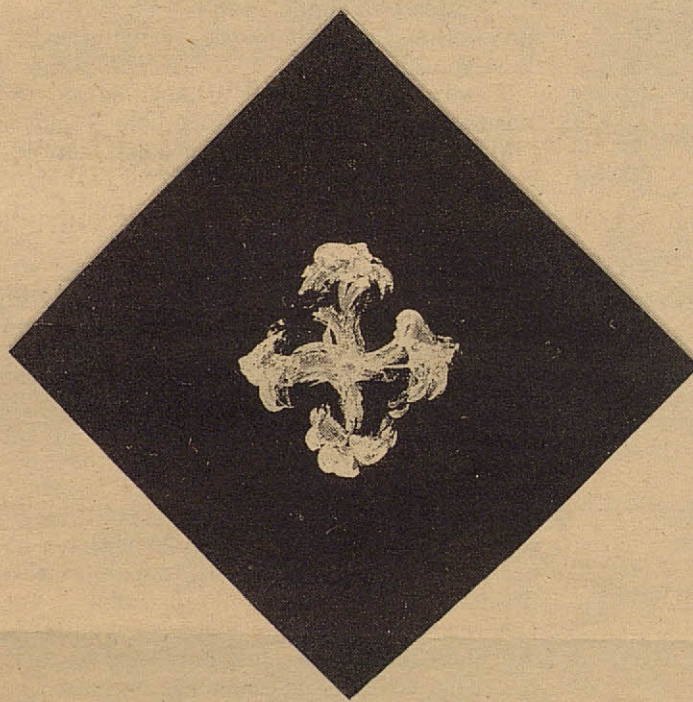
gún templario. Se disolvió la orden y sus bienes fueron a parar a manos de la orden de Montesa, a la de los hospitalarios o bien, directamente, se los adjudicó el monarca. Muchos de los templarios pasaron a la vida civil, si no habían hecho los votos de castidad, pobreza y obediencia, y más de un centenar de caballeros sacerdotes fueron distribuidos entre otras órdenes.

El final del Temple se debió a una malévola y criminal decisión política y, por supuesto, también económica, del rey de Francia, Felipe IV, llamado el Hermoso. En 1305 el soberano hizo circular en su reino falsos, pero atractivos rumores, que encendieron la morbosidad de la gente. Antes de que se detuviera a los templarios, el Papa Clemente V, que residía en Aviñón, ordenó una investigación eclesiástica. Pero el rey de Francia no quiso esperar y ayudado por Guillén de Nogaret, un cortesano corrompido y experto en la calumnia, había reunido falsas cartas y documentos que denigraban a la orden. El maestre del Temple, Jacques de Molay, pidió al Papa una auditoría para esclarecer la verdad. A esto respondió Enrique IV haciendo que el gran inquisidor de Francia le autorizase a actuar. El rey quería para sí todos los bienes del Temple.

Al amanecer del 13 de octubre de 1307, miles de soldados se desplegaron por toda Francia y detuvieron a todos los templarios del país, encarcelándolos. Antes habían contado con la sacrilega ayuda de un ex templario, expulsado por corrupto, y también habían introducido, como espías y falsarios, a doce aspirantes a frailes de la orden. El débil Papa Clemente V, que se doblegaba ante cualquier decisión real, no quiso comparecer como parte en un juicio sobre sus súbditos más fieles. La suerte del Temple estaba echada.

Las acusaciones de prácticas sacrílegas, de injurias a la cruz y de sodomía, unidas a las arriba mencionadas, prosperaron. Los bravos caballeros se negaron, incluso bajo tortura, a aceptar tal cúmulo de falsedades y aceptaron la muerte en la hoguera de la Inquisición con orgullo y valor. Igual suerte corrieron los que, habiendo aceptado los falsos cargos, se retractaron de haberlo hecho ante la comisión pontificia, en 1310. El propio maestre del Temple, Jacques de Molay, que en principio ni supo defenderse ni defender a su orden, al darse cuenta del engaño y del expolio que el rey de Francia había urdido, ante la debilidad del Papa, se retractó y subió orgulloso a la hoguera, en 1314.

Estos caballeros templarios que defendieron el honor de su orden, defendieron también el honor de Dios y de todos los que creemos en la justicia y en la fortaleza. ●



JAVIER AGUILAR

CON LOS AÑOS,
llegaron a ser la fuerza
de caballería
de vanguardia más osada,
tenaz y austera

bién a ceder parte alguna de tierras y botines que conquistara con la ayuda de los templarios, ni siquiera en Mallorca y en Valencia, en donde las fuerzas de caballería del Temple fueron decisivas en la conquista.

Con los años, los templarios llegaron a ser la fuerza de caballería de vanguardia más osada, tenaz y austera de estas tierras, y la corte empezó a recompensar su inestimable ayuda. Así fue cómo el Temple recibió las casas-fortaleza de Castelló, Puig-reig, Palau Solità, Gardeny, Torres de Segre, Vallfogona de Riucorb, Barberà de la Conca, Riba-roja, Ascó, Nonsep, Horta y Tortosa.

Cuando la orden estaba ya proscrita y martirizados sus caballeros en Francia, en la Corona de Aragón no se torturó ni asesinó a nin-